

El último viaje del *Gloria*

El último barco había zarpado. El *Gloria*, que así se llamaba el buque, un viejo pesquero de poco porte, llevaba una semilla de esperanza para el futuro. Mejores días habían pasado bajo el casco de la nave en la que diez familias se apretujaban incómodas pero optimistas.

Habían pasado seis meses desde el inicio de la pandemia que había diezclado a la humanidad. Los gobiernos del mundo fracasaron en sus esfuerzos por contener la dispersión del virus de origen incierto que en pocos meses atravesara todas las barreras geográficas, políticas y económicas para dominar cada rincón del planeta que los humanos hubiesen hecho su casa. Aunque las fuentes oficiales garantizaban que se trataba de un virus de origen animal, unos decían que había sido creado en oscuros laboratorios de guerra bacteriológica, mientras otros aseguraban conocerle de buena fuente un origen extraterrestre. Pero conforme los enfermos fueron saturando los hospitales y los muertos se amontonaron en las morgues, las especulaciones sobre su origen dejaron de importar y el virus mortal pasó a ser, simplemente, otro nombre del miedo.

Decididos a sobrevivir a toda costa, mujeres y varones, con sus niños y sus padres y sus abuelos, todos certificadamente saludables, con unos pocos pertrechos y alimentos suficientes para una larga temporada en altamar, se embarcaron en el *Gloria* confiados en engañar a la muerte que asolaba la tierra. Para escapar al fin del mundo.

Al capitán del *Gloria* no le habían ganado con promesas de riquezas ni ofertas de esperanza. El capitán, que no tenía más que ese cariño inmenso por su barco, lo hizo por por el *Gloria*, sí, porque él sabía, aunque no se atreviera a decirlo abiertamente, que el pesquero tenía sus días contados desde antes de la pandemia.

Cuando llegó la plaga, los pescadores siguieron pescando —¿qué iban a hacer si no?—, aunque era cada vez más difícil encontrar clientes para su carga. Con un mucho de suerte, alguno que otro encontraba quién le comprara la pesca de la jornada; pero no era uno y no eran dos, ni veinte ni cincuenta los pescadores, sino muchos, muchos más, que no encontraban ya quién les llevara su mercancía a la ciudad, donde los mercados estaban cerrados casi desde el inicio de la epidemia. Los grandes pesqueros tiraban la carga directamente al agua, incluso antes de llegar a la costa. Los pequeños trataban de vender lo que podían a los pocos marchantes que se acercaban a examinar la mercancía y pedir precio. Así vendían de a dos, de a tres, de a cinco por cincuenta pesos, por cuarenta, por treinta —cada vez menos cuanto más el sol subía en el cielo—, al menos para sacar el día. Y ahí se quedaba el resto del pescado, tirado, apestando la playa, acariciado apenas por la espuma del mar que lo reclamaba de vuelta, pudriéndose al sol.

Al capitán del *Gloria* le daba lo mismo: su pequeño navío era demasiado viejo, demasiado pesado, gastaba tanto combustible y requería tanta tripulación que apenas sacaba el costo de cada viaje en épocas normales. No importaba que tuviera una buena máquina ni que en su casco todavía brillante no se notaran apenas las abolladuras: ¿cuánto tiempo le quedaba antes de que tuviera que venderlo como chatarra? Ya hasta salir del puerto le resultaba más caro que quedarse en casa, a rascarse las costras o a beberse la vida. Y entonces alguien le contó al capitán del *Gloria* cuál era el plan, y el capitán pensó que el *Gloria* podía hacer un último viaje, el definitivo, que le devolvería la dignidad perdida, y quiso darle a su viejo barco —su amigo, su novia, su alma— la oportunidad de

redimirse con un final heroico: salvar a esos desamparados de una muerte cierta. Lo habló con su tripulación y aceptaron los más con la condición de embarcar también a sus familias, aunque algunos prefirieron esperar la muerte en casa.

Así fue como, mientras los pasajeros se sometían a una rigurosa cuarentena, el destartado pesquero sufrió la operación quirúrgica que convirtió a la antigualla aquella en una auténtica nave nodriza: se instalaron más depósitos de agua dulce, se amplió la diminuta cocina, se adaptaron camarotes como cuartos de baño, se acondicionaron bodegas y se instalaron por doquier ganchos para las hamacas. En la cubierta, se conservaron apenas los aparejos necesarios para pescar lo suficiente para el día a día.

Agradecidos con su nuevo hogar, los pasajeros habían querido rebautizarlo como *El Arca*, a lo que el capitán se negó categóricamente, y el *Gloria*, con su preciosa nueva carga a bordo (la esperanza), surcó altivo los mares lo más lejos que podía llegar de la línea de tierra, espléndido en su destierro.

Otros barcos habían zarpado antes que el *Gloria* con rumbo desconocido. ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Se encontrarían algún día con los otros supervivientes? ¿Serían aliados o enemigos en la tarea grandiosa de reconstruir la civilización y forjar una humanidad nueva?

Perdieron la cuenta del tiempo los supervivientes a la deriva en el mar sin que nada más que la nostalgia perturbara su viaje hacia ninguna parte. Las tormentas los aterraban, es cierto, si bien ninguna puso en riesgo su periplo, mucho menos emocionante de lo que habían imaginado, y más allá de algunas riñas ocasionales, de algunas bajas fatales e incluso de alguno que cayó accidentalmente al agua, la vida transcurría si no con normalidad, al menos sí con una tranquilidad relativa. Al principio, los niños se mareaban y los adultos, que decían que no se mareaban, vomitaban a causa de indigestiones ficticias, pero con el transcurso de las semanas, jóvenes y viejos iban y venían por la cubierta y las entrañas del barco como si los hubiese parido el casco mismo. Obligados por el infortunio a vivir entre extraños, no había sin embargo recelo entre ellos: todos estaban en el mismo barco.

Pero es cierto que el tiempo se les hacía lento, lento y extraño: espeso. Desde la cubierta del *Gloria* todo se les volvía horizonte. En ese devaneo por las aguas inmensas aprendieron a tener paciencia, pero a veces, llamados por la vastedad del océano, se acercaban a la barandilla y miraban, como si esperaran, y la espera se les hacía eterna pues no sabían bien qué era lo que esperaban.

Entraron a la bahía al despuntar el día. Es domingo y son las siete de la mañana.

Hacía ya semanas que el combustible empezaba a escasear, pero era más el miedo, y no fue sino hasta que se vieron obligados a apurar las reservas que se decidieron a acercarse a la costa. Pensaron entonces que un puerto pequeño supondría menos riesgos (¡quién sabe en qué cosa se habría convertido el mundo!, ¡quién sabe en qué arma letal habría mutado el virus!). Si bien con toda certeza no serían capaces de hacer funcionar las bombas para repostar la embarcación (¿todavía funcionaría la electricidad?), al menos

sí podrían sacar el combustible de otras naves, lo que además evitaría tener que ancorar directamente en el puerto donde inimaginables peligros acechaban.

Mientras la embarcación se acerca al puerto, los del *Gloria* se apretujan en la proa. Allí donde encuentra fondeadero recalca la nave, que se queda ahí oscilando con calma. Baján la lancha para alcanzar la orilla. Niños y ancianos se quedan mirando anhelantes y ansiosos desde la cubierta, dispuestos a hacer sonar la sirena en el momento en que adviertan la más mínima amenaza.

Sobre los desgastados pilotes del muelle, las gaviotas reciben a los exploradores con mirada curiosa y parpadean, tratando acaso de recordar cómo son los hombres. Unas pocas lanchas atadas al muelle se mecen al sol, que todavía no calienta. Las gruesas cuerdas que las mantenían unidas a ese viejo mundo, otrora tan querido y hoy hostil y amenazante, son ahora apenas unos hilachos a punto de romperse. Las lanchas, que todavía no olvidan a los pescadores de pies descalzos y pantalones fajados a la rodilla, parecen estremecerse con el recuerdo cada vez que una ola un poco más grande que las otras las agita.

A los del *Gloria* el suelo se les mece bajo los pies cuando vuelven a pisar tierra después de tanto tiempo.

En los muelles apenas hacen ruido las hojas secas de los tules que de un lado a otro el viento arrastra, las gaviotas que lanzan un graznido apurado y los pelícanos de actitud solemne con su paso chapoteante. El polvo se arremolina juguetón antes de caer al agua, y uno que otro ratón asoma el hociquito por los abundantes agujeros de las oxidadas lámina de una bodega.

A los del *Gloria* se les hace un nudo en la garganta mientras asaltan los buques en busca de combustible, menos de ver tanta desolación como de recordar lo que ayer el mundo fuera. En alta mar casi habían olvidado, solo porque no había necesidad de pensar en eso. Tenían siempre algo que hacer, algo que mirar, una canción graciosa que empezaba un niño y se les contagiaba a todos, que incluso sin quererlo empezaban a cantarla, un desacuerdo sobre el que opinar, aunque fuera solo para entretenerse. Había recuerdos alegres y recuerdos tristes (y culpas, culpas por montones), que se contaban en voz baja mientras comían juntos apiñados en cubierta, pero no esta sensación de soledad, de nada. Había silencio en el mar, sí, pero no el silencio de la ausencia, pues era ausencia lo que sentían, de todo aquello que debía haber estado. Todo esto —el muelle, los barcos, las redes, los cordajes, las bodegas, las cajas de herramientas, los trapos sucios de aceite, los norays oxidados, el mundo—, todo invoca la presencia de aquellos para quienes ha sido construido o fabricado: el martillo conjura la mano que lo sujeta. Todo evoca sus risas, sus gritos, su esfuerzo, su canto, sus peleas sin sentido, sus reconciliaciones mudas. Su sufrimiento, sus alegrías. Sin presencia parecía no haber presente, no haber tiempo, y nada de aquello parecía real. Y al capitán del *Gloria* se le asoman lágrimas a los ojos porque sabe que él ya no verá otros tiempos y su última imagen del mundo será tal vez la de esa ruina que ha quedado, y esconde la cara mientras se afana con la herramienta para que nadie vea que está flaqueando.

De vez en cuándo alguien levanta la cabeza —el corazón se le sube a la boca— cuando cree escuchar, allá lejos, como viniendo del pueblo, un barullo, un chillido, un runrún, un golpeteo, cualquier ruido, en fin, que anuncia la presencia humana. Y después,

silencio. No dice nada para no esperanzar en vano a los demás. “Un pájaro”, se dice esta; “El viento contra una lámina”, se explica aquel.

Conforme avanza la mañana, en el centro del pueblo, la plaza se llena de niños, de vendedores globos, de carritos de paleta empujados por viejitos anacrónicos que hacen sonar su campanita, *dingdingding*. Hay risas y gritos y de vez en cuando el berrido de un niño que se ha raspado la rodilla. Mujeres y varones cruzan la plaza con bolsas del mandado llenas o vacías, según vayan o vengan del mercado. Desde una esquina se extiende el cíclico sonido del organillo, saturando los oídos como el perfumado tufillo de podredumbre de las flores pisoteadas en el suelo satura el olfato. La hija de la tamalera espanta a las palomas que se avorazan sobre las migajas de tamal que los clientes van dejando caer a los pocos de las hojas de elote. Pompas de jabón revolotean salidas de quién sabe dónde para venir a reventar sobre la mano temblorosa de una anciana que trata de capturar su fugacidad iridiscente. Ahí en la banca, hace poco repintada de blanco, un borracho de la noche anterior duerme su borrachera, para disgusto de esos muchachos que buscan dónde echar novio con el helado que ya se les empieza a derretir en la mano, y que a este ya se le escurre espeso por los dedos que el más joven acerca con delicadeza a su boca y limpia generosamente con una lengua blanda y fresca.

En el puerto, a donde no llega el murmullo del domingo, día de fiesta, los navegantes del *Gloria* terminan de rellenar de combustible los últimos bidones, pues quién sabe cuándo podrán volver a tocar tierra. Cuándo tendrán valor de hacerlo. Cabizbajos, silenciosos para no interrumpir más que con el zumbido del motor la quietud de muerte que los rodea, vuelven a embarcar en esa nave que ha sido su hogar y lo será hasta quién sabe cuándo. El *Gloria* es para ellos ahora lo único real que queda.

El último barco volvió a zarpar, sus navegantes seguros de ser los últimos hombres sobre la Tierra, mientras en la plaza del pueblo la marimba arranca a sonar y la fiesta empieza.